

Andujar, Andrea (febrero 2007). *Mujeres piqueteras en Salta : Experiencias y rebeldías*. En: Encrucijadas, no. 40. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubi.sisbi.uba.ar>>

## **Mujeres piqueteras en Salta. Experiencias y rebeldías**

Entre los años 1997 y 2001, la provincia de Salta fue escenario de intensos conflictos sociales, originados en las consecuencias de la implementación del modelo neoliberal. Particularmente, Tartagal y General Mosconi, dos ciudades lindantes ubicadas en el norte salteño, fueron los territorios en los que estas confrontaciones alcanzaron su punto más álgido dando lugar, asimismo, a la emergencia del movimiento piquetero local. Tanto en la construcción de este último como en los cortes de ruta, devenidos en herramientas preponderantes de estas protestas, la presencia activa de las mujeres fue masiva. Ellas, con experiencias de participación política previa dispar y con disímil pertenencia de clase, no sólo jaquearon su posicionamiento en la esfera de la domesticidad. También retaron las normativas demarcatorias de la ocupación de los espacios públicos, impugnando con su práctica tanto las fronteras de lo político como la circulación del poder. Este trabajo se propone explorar la trayectoria de las mujeres que protagonizaron estas experiencias de lucha, acudiendo fundamentalmente al análisis de las memorias que han construido sobre sus propias acciones.

### **x Andrea Andujar**

Lic. en Historia, FFyL, UBA. Estudiante del Doctorado en Historia de dicha universidad, desde el año 2000 es investigadora del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (IIEGE) de esa casa de estudios. Docente de las materias "Teoría e Historia de la Historiografía. Introducción a los Estudios de Género-Cátedra Dora Barrancos" de la Fac. de Filosofía y Letras, y "Sociología-Cátedra Mario Toer" del CBC, Fac. de Ciencias Sociales, UBA. Es coautora del libro *Historia, Género y Política en los 70*. Feminaria Editorial. Buenos Aires. Publicación en Internet: [www.feminaria.com.ar/temascontemporaneos](http://www.feminaria.com.ar/temascontemporaneos).

### **El origen de las piqueteros**

Las confrontaciones que condujeron al surgimiento del movimiento piquetero local tuvieron como anclaje la destrucción del "mundo ypefeano", es decir, de una comunidad cuyas relaciones económicas, sociales y políticas fueron modeladas bajo el influjo de la compañía petrolera estatal Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF). En efecto, si bien en sus orígenes Tartagal y General Mosconi –fundadas en 1924 y 1927 respectivamente– sustentaron su desarrollo económico en la explotación forestal, su constitución en aglomerados urbanos importantes se debió a la explotación del oro negro, descubierto en la zona entre 1909 y 1911. Aunque en un principio la compañía norteamericana Standard Oil Co tomó la delantera en su extracción y producción, YPF se impuso en la explotación del yacimiento Campamento Vespucio-Mosconi a partir de 1927 mientras que hacia 1950, con el retiro de la empresa estadounidense de Tartagal, logró monopolizar la producción petrolera también en esta localidad.

La presencia de YPF no sólo impulsó el trazado urbanístico y habitacional, garantizando la instalación y provisión de servicios eléctricos, gas, redes cloacales y

hospitales, y posibilitando la expansión de la actividad del sector comercial, de la construcción y de los servicios. También gestó en los y las trabajadoras un hondo sentido de pertenencia y de identificación con ella vinculado, por un lado, al elevado nivel de vida al que se podía acceder a causa de los altos salarios, los beneficios de una muy buena obra social, o las vacaciones pagas que la empresa proveía. Ello generaba, a su vez, un sentimiento de orgullo y superioridad de los y las trabajadoras de YPF frente a los de otras ramas productivas, manifiesto incluso en una forma de autodenominarse específica: ser un “ypefeano/a” y no un/a trabajador/a petrolero/a.

Por otra parte, el/la “ypefeano/a” se sabía parte de una empresa estratégica para el desarrollo de la economía argentina, a la par que baluarte del discurso de la soberanía nacional y fundante del “Estado de bienestar” local. Esto ahondaba tal sentimiento de orgullo, pero también amortiguaba la percepción de las contradicciones de clase presentes en el proceso productivo, diluidas asimismo por el hecho de que la empresa fuera propiedad del Estado. Así, si trabajar en YPF “era lo mejor que te podía suceder”, como comentaban algunos/as ex trabajado-res/as, y la perspectiva de obtener un empleo en la empresa era el horizonte que se transmitía de padres a hijos, la identidad conformada en torno a ser un ypefeano, era la que cobraba fuerza y se imponía sobre otras posibles.

Para las mujeres –particularmente para aquellas que tenían hijas/os–, la empresa petrolera estatal también dejaba un sello particular en sus vidas ya que, al proveer servicios tales como escuelas, centros deportivos o jardines maternales, facilitaba ampliamente las tareas de cuidado y educación familiar.

Pero la privatización de la compañía—entre 1991 y 1993— destruyó este “mundo ypefeano”. La mayoría de los/as trabajadores/as fueron despedidos/as y los intentos por realizar cooperativas o microemprendimientos con la inversión de las indemnizaciones resultaron totalmente infructuosos. Escuelas, hospitales, centros recreativos, cerraron sus puertas para no volver a abrirlas más. Por último, los niveles de desempleo y pauperización social se elevaron abruptamente. Entre 1991 y 1997, por ejemplo, la tasa de desocupación en General Moscón ascendió exponencialmente hasta afectar al 65% de sus 20.000 habitantes.

Sin embargo, esta desestructuración tuvo un impacto genéricamente disímil. Para los ex obreros ypefeanos, la expulsión del aparato productivo alteró rotundamente su situación económica y, por lo tanto, su posición de “proveedores” de la subsistencia familiar. Asimismo, la imposibilidad de volver a obtener un trabajo los obligó a permanecer mucho más tiempo dentro de las paredes del hogar, espacio socialmente devaluado para la estancia masculina. Todo ello concitó la aparición de un sentimiento de vergüenza, inutilidad y “(...) pérdida de la dignidad (...)”, que se tradujo, acorde narraron muchas de las mujeres entrevistadas, en que sus maridos se deprimieran, murieran, abandonaran a sus familias en medio de procesos signados por la violencia, o se volvieran un estorbo dentro del hogar.

En cambio para ellas, si bien traumática, esta situación no conllevaba las mismas opciones. Por el contrario, evaluaban que “(...) las mujeres se tuvieron que volver más fuertes, (...) salir a ganarse el pan para ellas y para sus hijos, porque quedaron ellas como jefas de hogar (...)”. Así, aunque el final de la “época dorada” ypefeana afectó tanto las condiciones materiales de existencia como las subjetividades, las respuestas que varones y mujeres articularon ante ello fueron diferentes justamente porque las formas en que unas y otros experimentan sus condiciones materiales de existencia no

sólo dependen de su posición respecto de los medios de producción sino también de los roles de género socialmente construidos.

De tal manera, el condicionamiento generado por el significado del ejercicio de la maternidad impidió a las mujeres mayoritariamente abandonar a sus hijos e hijas, en primer lugar.

En segundo lugar, la dinámica particular del proceso productivo petrolero les había permitido contar, a lo largo de los años, con una fuerte “autonomía” de decisión frente a la “voluntad” masculina en el espacio doméstico. En efecto, el hecho de que el obrero ypefeano debiera permanecer fuera de su casa de 15 a 20 días trabajando en los campos de perforación y extracción, retornando a su hogar por un escaso lapso, dejó a las mujeres con un mayor margen de maniobra para disponer del uso de sus tiempos, de las decisiones sobre la crianza de los hijos/as, o de las relaciones que construían con el “afuera” de los muros de su hogar. Esto fue crucial a la hora de decidir salir a cortar las rutas, sobre todo porque muchas debieron eludir la negativa de sus maridos a realizar tales acciones.

Por último, muchas contaban con experiencias de participación público/política previas. Algunas habían intervenido en cortes de puentes para impedir la privatización de YPF. Otras lideraron movilizaciones reclamando la provisión de servicios públicos básicos en 1991 y los años subsiguientes. Muchas llegaron incluso a ocupar durante 23 días, en el año 1996, la sede del Consejo Deliberante de General Mosconi, exigiendo la entrega de alimentos y subsidios para ellas y sus hijos/as.

Fueron estos factores los que se conjugaron en la madrugada del 8 de mayo de 1997 para que un grupo de ellas, acompañadas en algunos casos por varones jóvenes y adultos, en otros oponiéndose a ellos y llevando de la mano a sus pequeños hijos e hijas, movilizara a su comunidad masivamente por primera vez en dirección a la ruta nacional Nro.34 –que atraviesa las localidades de Tartagal y General Mosconi–. Allí todos juntos levantaron barricadas que sostuvieron durante siete días, exigiendo la presencia del gobernador Juan Carlos Romero, la apertura de fuentes de trabajo, el pago de salarios adeudados a los trabajadores públicos y la sanción de una ley de fronteras que creara una zona franca para el intercambio comercial con Bolivia. Tendieron así las redes sobre las cuales se construiría la Unión de Trabajadores Desocupados (UTD), la primera y más visible organización piquetera de la zona.

### **Alcances y límites de la participación femenina**

Entre los años 1997 y 2001, la ruta nacional Nro. 34 fue cortada, al menos, en cinco oportunidades. El promedio de duración de cada uno de estos cortes fue de una semana [1].

Las actividades desplegadas por las mujeres durante el desarrollo de los mismos fueron múltiples. En ellas entremezclaron acciones vinculadas con la extensión amplificada a escala colectiva de sus “naturales” roles de cuidadoras en el espacio doméstico (obtener los alimentos y cocinar para todos, etc.), con otras vinculadas a su práctica política/pública.

Entre estas últimas, una de las más importantes fue mantener las riendas del conflicto

en las manos de sus protagonistas, evitando los intentos de manipulación originados en disputas facciosas dentro del gobernante Partido Justicialista. Así, por ejemplo, en el corte de 1997, el acercamiento de un reconocido funcionario que respondía al gobernador Romero y era opositor al gobierno del municipio local –también peronista–, generó que un grupo de mujeres lo rodeara y le exigiera, de forma amenazante, su retiro del lugar. Otra fue la de iniciar cortes en las localidades cercanas a General Mosconi y Tartagal, en solidaridad con sus pobladores y para dificultar la llegada de las fuerzas represivas.

La presencia femenina se evidenció también en el contenido de los petitorios entregados a los funcionarios gubernamentales donde, además de puestos de trabajo “genuinos”, créditos para las pequeñas y medianas empresas y subsidios de desempleo, primaban las exigencias de reconexión de servicios públicos o excepción de su pago para familias compuestas por desocupados/as, jardines maternales, presupuesto para los comedores escolares, atención sanitaria, entre otras. Sin embargo, estos niveles de participación no se han traducido, hasta este momento, en una presencia femenina mayor en el liderazgo del movimiento piquetero local [2]. Por el contrario, este recae generalmente en los varones. Un ejemplo de ello puede hallarse dentro de la Unión de Trabajadores Desocupados (UTD), creada por ex ypefeanos hacia abril de 1996.

Compuesta en su base mayoritariamente por mujeres adultas desocupadas y por jóvenes varones y mujeres que nunca tuvieron un trabajo estable, la dirección de esta organización descansa mayoritariamente en los ex trabajadores petroleros y su principal referente es José “Pepino” Fernández.

Cuando los y las activistas de la UTD más visibles públicamente enumeraron las cualidades que debían reunir para ocupar roles de dirigencia, han destacado mayoritariamente el “no venderse” al gobierno, la coherencia entre un discurso de confrontación y una práctica beligerante, y la destreza en el conocimiento de los asuntos de la organización y en la administración de los proyectos de trabajo elaborados a partir de los planes y subsidios gubernamentales.

Si bien entonces las mujeres realizan un sinnúmero de tareas dentro de la UTD, muchas de las cuales son muy distintas a las que tradicionalmente se les asignan a partir de los planes sociales [3], y su presencia es sumamente importante tanto en los cortes de ruta como en el fortalecimiento de la organización, sólo algunas mujeres ocupan espacios de dirección –intermedia, no está de más señalarlo–. E incluso, pese a que poseen un fuerte ascendiente social, no son visibilizadas en el mismo nivel de José Fernández. Tal es el caso de Ica, una mujer desocupada, madre de varios hijos/as y que habita en Coronel Cornejo, pequeña localidad ubicada a 17 km al sur de General Mosconi.

Desde 1991 Ica ha estado al frente de las luchas y de la organización de su comunidad y, más tarde, de la UTD local. En sus propias palabras, esta opción de compromiso público/político le implicó “(...) que he descuidado un poco mi familia, pero creo que también es importante que yo haga algo por mis hijos. Entonces lo poco que yo pueda hacer por el bien de la comunidad lo voy a hacer y también lo estoy haciendo por ellos (...)”.

Pese al reconocimiento múltiple del cual es objeto, Ica ha rehusado a identificarse a sí misma como una líder de la UTD. Según relataba esto era porque “(...) tengo un perfil bajo. Tal vez nunca salí con ese objetivo. Yo creo que con la actividad que uno haga

para la comunidad le está demostrando el amor que uno le tiene a la gente". Muchas mujeres argumentan exactamente lo mismo: que sus acciones están motivadas por el amor, que es la recepción del afecto de las demás personas lo que las fortalece, o que sus pretensiones políticas están lejos del deseo de acceder a algún espacio de dirigencia. De hecho, muchos de los análisis de sus propias acciones están permanentemente atravesados por los lazos afectivos. No así cuando se refieren a los varones. Ninguna de ellas sostuvo que lo que motivaba el compromiso de los líderes varones se relacionaba con este tipo de vínculos. Al contrario, ellas mencionan cuestiones tales como el coraje para el enfrentamiento, el conocimiento y la experiencia política, el animarse a hablar o arengar en las asambleas. Por ejemplo, una de las mujeres que trabaja en un costurero comunitario en Coronel Cornejo, sostenía: "Ica hizo las cosas bien. Hizo mucho. Pero por ahí tendría que estar un hombre, porque un hombre siempre quiere estar más al frente". Sin embargo, quien había estado al frente del corte en la localidad en mayo de 1987, apoyando el bloqueo en General Mosconi, había sido Ica.

En consecuencia e independiente-mente de las "realidades objetivas", el ideario del ejercicio del liderazgo remite generalmente a un espacio exclusivamente "masculino" y todas las condiciones que lo hacen posible refieren a atributos que se asignan a los varones. Y más aún: cuando las mujeres portan visiblemente también coraje, convicción o experiencia política, la preeminencia que adquieren no necesariamente alcanza, por un lado, para sentirse en un pie de igualdad respecto de líderes varones (o que el reconocimiento de las demás mujeres apunte en esa dirección y no en preferir la presencia de un varón); por el otro, para reclamar el liderazgo en la organización si se compite por él, o sentirse legitimada a pensarse como tal.

Por otra parte, la dicotomía entre estar en la casa, cuidando a los/las hijos/as, y estar en la UTD, recorriendo los barrios, edificando la organización, relacionándose con otras organizaciones, planificando acciones, no es parte de una disyuntiva que se les plantee a los propios varones. De tal manera, las tareas que la dirección de una organización demanda, requieren tanto de una dedicación como de un uso de tiempo incompatible con las tareas y el uso del tiempo puesto en "cuidar de los otros", responsabilidad que recae unívocamente en las mujeres[4].

## **Reflexiones finales**

Pese a la persistencia de estas desigualdades entre varones y mujeres dentro del movimiento piquetero, no fue casual que haya sido en su construcción el ámbito donde muchas mujeres hallaron un mayor atractivo para su involucramiento público/político. La mayor horizontalidad en la participación dentro de este tipo de organizaciones, las asambleas casi permanentes y las prácticas de una democracia más ligada a la intervención directa que a la representatividad –sobre todo en los momentos de los cortes de ruta– fueron elementos que, al generar una cotidianeidad en el trato y en la creación de lazos de confianza colectivos, posibilitaron a las mujeres el animarse a hablar, proponer y debatir. En tal sentido, las mujeres pudieron ganar visibilidad propia y hacerse oír.

Sin embargo, ello no les permitió dar continuidad a su agencia pública en términos de liderazgo dentro de los movimientos piqueteros. De hecho, si bien ellas constituyen más del 70% de los mismos en el orden nacional, los cargos de jefatura se mantienen

casi exclusivamente entre los varones. ¿Cómo abordar la explicación de esta situación?

Ante todo, no debiera pasarse por alto que la posibilidad de ocupar roles de liderazgo no se desprende necesariamente del deseo de hacerlo sino más bien, de las condiciones sociales que permiten a las personas desplegar niveles de activismo y participación social sostenidos en el tiempo y que requieren tanto de la visibilidad propia como del reconocimiento de las/os otras/os. Dentro de esas condiciones sociales, las tareas asumidas por las mujeres acorde a la asunción genérica de roles, aunque pueden potenciar en algunos momentos su participación pública –tal el caso del ejercicio de la maternidad en las mujeres piqueteros–, también obstruyen su continuidad.

Pero a su vez es necesario preguntarse hasta qué punto la marginación de los espacios de jefatura no es el resultado de la confrontación de dos lógicas y formas de hacer política diferentes portadas por varones y mujeres. En ese sentido, el tipo de racionalidad política y verticalismo presente en el proceso de institucionalización de los movimientos piqueteros, bien ha podido resultar expulsivo para las mujeres o escasamente atractivo para ellas. Si el liderazgo, aunque presentado con connotaciones neutras, resume características que se inscriben en las normas pautadas para el comportamiento masculino, ¿por qué habría de resultar atractivo para las mujeres cuando les exige “masculinizarse” u obturar aquellos componentes de su subjetividad que se encuentran socialmente devaluados? Responder esta clase de preguntas no sólo exige profundizar el estudio histórico. También requiere ahondar en un debate y construcción política que se aventure a abandonar el presupuesto de que, en la confrontación con el orden social vigente, la opresión de género puede permanecer subsumida o minimizada ante la explotación de clase.

## **NOTAS**

[1] Ante ello, los sectores política y económicamente dominantes respondieron fundamentalmente a través de la criminalización de la protesta. Y si bien en muchas circunstancias debieron emprender el camino de la negociación con las y los piqueteros, casi siempre lo hicieron luego de apelar al uso del aparato represivo. De tal modo, en Salta, el Estado argentino es responsable de los asesinatos de cinco manifestantes, ocurridos durante los cortes de los años 2000 y 2001 en General Mosconi; de la creación de decenas de causas penales contra activistas de General Mosconi y Tartagal; de persecuciones y detenciones ilegales; del ejercicio de la tortura contra detenidos/as en las contiendas, y de la virtual ocupación de General Mosconi por fuerzas represivas en varias oportunidades.

[2] Una única experiencia –y por tanto hasta ahora excepcional– que seguiría un rumbo diferente es la del Movimiento de Mujeres Desocupadas de Tartagal, conformado por un grupo de 30 mujeres hacia octubre del año 2005. Su surgimiento habría sido el resultado, según sus impulsoras, de las discriminaciones sufridas dentro de las organizaciones piqueteras tartagalenses. Ver entrevista a Sara Juárez reproducida en el diario Página/12 el 24 de febrero de 2006

[3] Dentro de los proyectos elaborados por las organizaciones piqueteras con los planes sociales, los que comúnmente incluyen a las mujeres son los costureros comunitarios, huertas colectivas o jardines materno-infantiles. Por el contrario, dentro

de la UTD, aunque no se niegan a realizar las tareas mencionadas, ellas también dirigen proyectos de reforestación local, reciclaje de botellas plásticas o fábricas de construcción de ladrillos.[4] Y cuando una mujer logra inclinar la balanza en pos de desligarse de las actividades del mundo doméstico, lo que suele activarse es el sentimiento de culpa.